



DISEÑO

Texto: **MANUEL ESTRADA** Es diseñador gráfico y presidente de DIMAD. <www.manuelestrada.com>

DISEÑAS O CONCURSAS

Se ha convertido en una práctica relativamente usual, resolver problemas de diseño a través de la convocatoria de un concurso. Aunque no todos los concursos son iguales, los hay restringidos y los hay abiertos. Incluso los hay que someten el resultado a una especie de plebiscito ciudadano, todos ellos, los mejores y los peores, constituyen una tendencia desaconsejable para el uso del diseño, como disciplina aún insuficientemente comprendida y practicada por el conjunto de nuestra sociedad. Desaconsejable porque induce a una práctica de concurso permanente en los estudios profesionales con el evidente riesgo económico que ello comporta y porque en general esta frenética actividad concursal no redunde en la calidad final de los trabajos. En primer lugar, los concursos eliminan o limitan al máximo la relación entre cliente y diseñador. Relación que ocupa un lugar clave para la elaboración de propuestas y para la calidad de las mismas. Y en los concursos, esta relación, se hace hermética limitando el diálogo a unas escuetas bases por un lado y a un trabajo casi a ciegas por otro. Los diseñadores en los concursos tienden más a ganar que a resolver el problema planteado. Y los clientes tienden a pensar más en cubrir su responsabilidad como encargantes que en encontrar la mejor solución de las posibles. En segundo lugar, como práctica económica y social, los concursos son muy caros. Implican a demasiada gente y a demasiados medios para resultados a veces escuálidos. Muchos estudios de diseño, y también de arquitectura, dedican una peligrosa proporción de su tiempo a elaborar propuestas, para concursos, que se pierden en el limbo de las ideas nunca materializadas. Visto a la inversa, cada concurso genera un alto número de soluciones desestimadas por una sola aprovechada. Un coste alto, que pocas profesiones pueden sanamente soportar. Si intentamos trasladar la experiencia a la abogacía, a la fontanería o al cine, por poner algunos ejemplos dispares, visualizaremos mejor su inadecuación. Si a eso le añadimos la no despreciable proporción de concursos que no consiguen llegar a un resultado final satisfactorio, el coste solo resulta asumible en una sociedad que no comprende, o comprende poco, el valor de las ideas, dibujadas en este caso, como fuente de soluciones económicas, estéticas o vitales. Que no otra cosa es, ni debe ser, el diseño.